

8

333



CONFERENCIAS



BT308  
L3  
C.2

333



1080047579

*D. L. D. Benavides.*  
*J. Angel Benavides.*

*200/11*



*E.H.C. #88*

# CONFERENCIAS

EN

NUESTRA SEÑORA DE PARIS

SOBRE JESUCRISTO,

POR

EL R. P. HENRIQUE DOMINGO LACORDAIRE

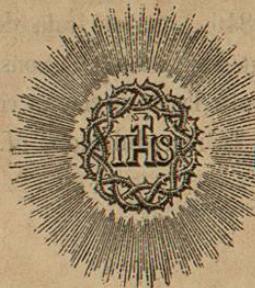
Año de 1846.

Traducidas del frances al castellano

por

M. R.

(Abogado.)



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

110525

GUADALAJARA.

Tipografía de Dionisio Rodriguez.

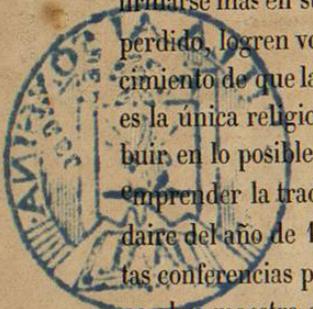
1850.

38138

BT 304  
L M N  
W

## AL LECTOR.

**E**L R. P. Henrique Domingo Lacordaire es, sin duda, uno de los mas ilustres defensores del cristianismo en el presente siglo. La Providencia ha colocado á este hombre en el centro de la civilizacion europea, para que difundiendo por todas partes la luz de sus doctrinas, puedan, los que tienen la felicidad de conservar la fé católica, afirmarse mas en su creencia; y para que aquellos que la han perdido, logren volver al gremio de la Iglesia por el convencimiento de que la religion Católica, Apostólica, Romana es la única religion verdadera. El deseo, pues, de contribuir en lo posible al bien de mis conciudadanos, me hizo emprender la traduccion de las conferencias del P. Lacordaire del año de 1846, en que trata de Jesucristo. Estas conferencias pueden justamente considerarse como una obra maestra entre las de su clase y como el mas seguro antidoto contra la incredulidad.—M. R.



BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

## CENSURA.

ILLMO. SEÑOR.

*He leído las conferencias del R. P. Lacordaire del año de 1846 sobre Jesucristo: nada encuentro en ellas opuesto á la doctrina católica, y entiendo que su publicacion por la imprenta en idioma castellano será utilísima, especialmente en el dia.—Guadalajara, Octubre 15 de 1850.*

Pedro Espinosa.

Guadalajara, Octubre 15 de 1850.

*Imprimanse: debiendo cotejarse el primer ejemplar por el Sr. aprobante, cuya censura y el presente decreto se pondrá en la primera foja, mandándose dos ejemplares á nuestra secretaría para el archivo. El Illmo. Señor Obispo de esta Diócesis así lo decretó y firmó.*

El Obispo.

Dr. Francisco de P. Vereá,  
Secretario.



# BIOGRAFIA DEL R. P. LACORDAIRE.



Cuando tanta celebridad adquiere en la vecina Francia el ilustre orador religioso cuyo nombre va al frente de este artículo; cuando sus sermones reúnen en torno de la cátedra cristiana las mas altas capacidades sociales, y se publican en diferentes idiomas en el mundo católico, hemos creído oportuno recoger algunos apuntes biográficos y dar á conocer á nuestros lectores la vida y vicisitudes de este hombre eminente.

Mr. Lacordaire ha cumplido ahora cuarenta y tres años (1). Nació en *Recey-sur-Orse*, pequeño pueblo del departamento de *Cote d'or*

Su infancia estuvo llena de azares, sin que dejase adivinar lo que habia de llegar á ser un día. Nadie de cuantos lo conocian hubieran creído el gran destino que le estaba reservado. Mientras hacia sus estudios, blasonaba de incrédulo é impío, y se mofaba de sus mas religiosos compañeros. Decia con frecuencia que Dios era una mentira, y el catolicismo un embuste. Semejantes blasfemias llenaban

(1) Este artículo fué escrito el año de 1845; por consiguiente el P. Lacordaire tiene ahora cuarenta y ocho años. (RR. de la Voz de la Religion.)

He leído las conferencias de H. F. Lacordaire del año de 1845 sobre Jesucristo, y encuentro en ellas un punto de vista nuevo y original, y creo que su publicación por la imprenta en idioma castellano será útilísima, especialmente en el día—Guadalajara, Octubre 15 de 1850.

Pedro Páramo

Esta traducción es propiedad del traductor, y no se podrá reimprimir sin su respectivo permiso.

Impresaria de don Juan de Dios...  
aprobada, cuyo coste y el presente libro se pagará en la imprenta por medio de los señores de la imprenta...  
esta es la obra y su precio...

El Obispo

Dr. Francisco de P. Vera  
Secretario

de afliccion á su tierna madre, que era una señora muy devota, y acarreaban tambien mas de un disgusto al futuro predicador.

Habiendo concluido su carrera de leyes, pasó á la corte, dejando en pos de sí lo que con mas dolor se abandona cuando es uno jóven; familia, amigos y tranquilidad.

Figurémonos un jóven de veinte años, vivo, franco, con un rostro lleno de inteligencia y animacion y cierto aire de humildad y modestia en sus ademanes; unamos á estas cualidades las prendas de talento y nobleza de corazon; tal era Mr. de Lacordaire cuando se presentó en 1821 en el bufete de Mr. Guillemin, abogado distinguido de Paris. Llevaba una carta de recomendacion de su amigo Mr. Rambourg, en la que, como nos cuenta el mismo Guillemin, despues de elogiarle las brillantes cualidades de su recomendado, añadia: "Solo falta á este jóven una buena direccion."

Mr. Guillemin, á fuer de hombre piadoso y conecedor de los peligros que rodean al hombre en cierta edad, interesado ademas por las bellas prendas de su protegido, le propuso entrar en la *Congregacion* y ponerle en relaciones con un amigo suyo; en una palabra, proporcionarle un confesor. ¡Mas cuál fué su asombro al oír contar al jóven con las megillas encendidas de rubor, que no aceptaba su oferta, que él no creia, y por consiguiente no necesitaba confesores!

Pero aunque incrédulo, Lacordaire era la sinceridad misma, y amaba ardientemente la verdad. En medio de sus estudios, las cuestiones religiosas ocupaban vivamente su espíritu. La *fé* y la *duda* se hacian cruda guerra en el corazon de este jóven, que debia ser un día la honra del sacerdocio; y muchas veces despues de acabada una discusion, se encerraba en las soledades de su alma para interrogarse á solas acerca de las materias sobre que versara la disputa. Por lo demas, justificaba plenamente las alabanzas que se hacian de su inteligencia, de su imaginacion, y sobre todo, de la pureza de sus costumbres.

Pero dejemos hablar á Guillemin: "Continuaban nuestros trabajos profesionales, dice, cuando una mañana de Mayo de 1823, mi jóven colaborador entró en mi cuarto y me dijo con notable emocion: Voy á abandonaros.—¿Y por qué? le respondí; ¿acaso no os hallais bien con migo?—Sí, señor: no dejo nuestro bufete por el de

otro. Pero os lo confieso, hace seis meses que estoy lidiando fuertemente conmigo mismo, y ya la incredulidad no tiene asiento en mi alma. Creo con tan profunda conviccion que no hay medio para mí; voy á dedicarme enteramente á Dios; voy á hacerme sacerdote."

Y en efecto, algunos dias despues de esta tierna despedida, se encontraba el jóven abogado en el seminario de San Sulpicio.

Pero una vez sacerdote, aquella naturaleza ardiente, aquella alma apasionada que buscaba los peligros, y que acaso presentia el eminente lugar que le estaba destinado en el mundo de las ideas, creyó verse coartada en las funciones del sacerdocio. Entonces desfalleció como si le faltase espacio para estender el vuelo de su genio. Dirigió su vista á América, y resolvió marchar allá á predicar el Evangelio; pero el abate Lamennais, con quien se hallaba entonces íntimamente unido, le disuadió de este propósito.

En 1830 hallábase Lacordaire en uno de los colegios de Paris, cuando su amigo y maestro Lamennais le propuso tomar parte en la redaccion del *Porvenir*. Lacordaire aceptó la oferta, contando ademas por colaboradores al abate Gervet y al conde Montalembert, que hoy se sienta en la cámara de los pares. Casi todos nuestros lectores tendrán noticia de aquella publicacion, que tanto ruido hizo en Europa, y cuyas doctrinas vinieron al fin á ser censuradas por el Papa. Entre sus artículos mas elocuentes, descollaban los de Lacordaire por su energía, por su brillante colorido y grandes imágenes. Pero vista la mala acogida de parte del Pontífice, los indicados colaboradores hicieron juntos un viage á Roma, y el *Porvenir* se suspendió.

Ahora entramos en una nueva era de la vida de Lacordaire. Habia estado hasta aquí adherido á Mr. de Lamennais, cuyos principios filosóficos profesaba con ardor, y de repente se separa de él abiertamente, y publica sus *Consideraciones filosóficas sobre el sistema de Mr. de Lamennais*, obra notable en que espone los motivos de su separacion, y en la que brillan seguramente sus eminentes cualidades como escritor y como filósofo.

Mas Lacordaire no podia satisfacerse con solo esta separacion. Su entusiasmo religioso debia llevarle mas allá; y en efecto, muy pronto tomó el camino de Roma para hacer el noviciado en el convento de dominicos.

Ahora observemos cuántas metamorfosis había sufrido su noble entendimiento; al principio abogado, luego sacerdote, despues escritor, periodista, y al fin fraile. Dotado de un corazon ardiente, de una imaginacion viva, desde luego se agita, se inquieta y atormenta, como si se sintiese fuera de su elemento, como si le llamase una elevada mision.

Ya dominico, y despues de haber consagrado un año al retiro, dió principio á sus sermones en la capilla del colegio Estanislao, y en 1835 los continuó en la Iglesia de *Notre-Dame*. Diez mil almas llenaban siempre la vasta nave de este templo para oirle: la multitud se sofocaba, y sitiaba el púlpito, á fin de no perder una de sus palabras.

Y á la verdad, Lacordaire es asombroso en su elocuencia. Reuniendo en sus labios la dulzura del Evangelio, y en sus ojos la centellante llama de las profecías, es grande, inspirado, sublime, y el orador sagrado mas poderoso de estos tiempos. Uno de los caracteres de su elocuencia, es la sencillez; careciendo de adornos y énfasis, se eleva con frecuencia hasta la sublimidad, distinguiéndose, sobre todo, por el calor de sus convicciones, y un gran sentimiento de la dignidad del hombre.

Pero ademas de su prodigioso talento, lo que hace que el padre Lacordaire ponga en movimiento las masas, es que usa del género de predicacion mas análogo á nuestra época. Y seguramente hoy es necesario que la enseñanza cristiana se acomode al estado de la sociedad, que siga su movimiento y variaciones, y tome las formas propias para insinuarse en las masas, atendiendo al cambio intelectual de los espíritus. Por eso Lacordaire viene armado de una inflexible razon filosófica é histórica, cuando trata de investigar las pruebas del cristianismo, cuando pretende reconciliar el siglo con la doctrina evangélica, poner de acuerdo la razon con la revelacion, y en fin, destruir el cisma levantado en nuestros dias entre el entendimiento y la fé. En ésta gloriosa mision le sostiene su ardiente fé en la humanidad. Él cree en los progresos del género humano. Él conoce la grande influencia de las ideas sobre las sociedades actuales, su virtud, su fuerza, y por eso sube con ellas al púlpito, y las toma por sus armas de combate. Así dice: "Grande es el poder y la accion de las ideas en este siglo. ¿Quién podrá negarlo? Dos

«poderes hay en el mundo, el de los cuerpos y el de las ideas. Los «cuerpos matan; pero perecen y caen en polvo: las ideas matan tambien, sus golpes son mas funestos, pero no perecen. El poder de «los cuerpos se detiene ante otros cuerpos, ante el verdugo, ante una teja; hiere el verdugo, cae una teja, y el hombre deja de existir. Así el mas grande de los conquistadores, César, Napoleon, «una vez en el sepulcro, ya acabó: ya no se levantará; y su espada, «aquella espada ante la cual retrocedian las naciones despavoridas, «tambien duerme á su lado. Pero ¡ah! el hombre no muere enteramente: queda viviendo en sus ideas; ellas levantan la losa de su «sepulcro, y aparecen como un vapor sobre su tumba..... las ideas «llenan el mundo y gobiernan á la tierra."

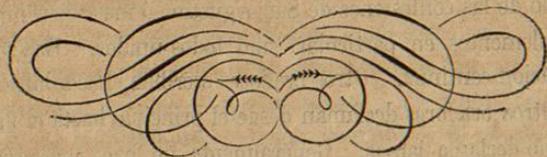
¡Qué bien se advierte que Lacordaire está verdaderamente á la altura de nuestra época, que comprende todas sus intenciones, todas sus tendencias!

Pero notemos sus palabras: hay en ellas algo de juvenil, de hirviente y arrebatado. Su estilo unas veces es el periodístico, otras veces el de la tribuna ó el foro: con frecuencia es una epístola, ó un capítulo de las confesiones de San Agustin, ó mas bien ninguno de estos elementos en particular, sino todos unidos. Hay en él una inspiracion continua. Otros oradores escriben; Lacordaire improvisa. Otros oradores declaman desde el principio hasta el fin; Lacordaire no declama jamas. Generalmente no hace mas que hablar; solo que por intervalos, su mirada se enciende, sus lábios tiemblan, su voz estalla...y entonces todo su auditorio se agita y se estremece.

Pero como nos dice él mismo en una notable memoria: "la elocuencia es hija de la pasion: es el sonido de una alma apasionada: «cread una pasion en un corazon, y la elocuencia brotará de él á «torrentes." He aquí el secreto del poder de este eclesiástico; es elocuente porque ama. Dos grandes pasiones se dividen su gran corazon, Dios y la humanidad. Ninguna otra cosa ha encontrado cabida en esa vida abstracta, en esa alma humilde, que necesita saber que la gloria de Dios está adherida á sus triunfos, para no asustarse de ellos. Y luego, para tener en sí ese soplo de vida que mueve á los hombres, como el viento mueve los árboles, para que la palabra humana rompa el hierro y derrita el acero, es menester

sentir algo del entusiasmo de los profetas, ser un Jeremias, llorando los infortunios de la hija de Sion, ó bien un Pablo cuando fué arrojado del caballo en el camino de Damasco.

Por lo demas, Lacordaire, pensador infatigable, lógico terrible, dialéctico casi sutil, y muchas veces poeta hasta el lirismo, puede colocarse, por su imaginacion y estilo, entre los mejores escritores de la época; mas por su elocuencia, no tiene rival en la cátedra cristiana. Lacordaire, como orador parlamentario, podia haberse elevado en este siglo á los mas altos puestos del Estado. Como sacerdote, pudiera haber aspirado á las primeras dignidades de la Iglesia. ¡Pero no ha querido ser mas que un pobre fraile! Así su poder, casi tanto como en su elocuencia, estriba en su virtud. ¡Ah! La virtud es como la fé. Es capaz de conmovier las montañas, y llevarse tras sí al mundo.—*Facundo de Goñi.*”



# CONFERENCIAS

EN

NUESTRA SEÑORA DE PARIS.

CONFERENCIA TRIGÉSIMA SÉTIMA,

DE LA VIDA INTERIOR

DE

JESUCRISTO.

Monseñor. (1)=Sres.—El plan de nuestras conferencias os es al presente conocido. Yo, para probar la divinidad del cristianismo, no he ido á engolfarme en las profundidades de la metafísica, ni me he remontado tampoco á las regiones lejanas de la historia; he tomado por punto de partida un fenómeno vivo, palpable, que habita con nosotros hace siglos; lo he analizado: os he demostrado que ya sea con relacion á la inteligencia, ya con relacion á las costumbres y ya tambien con respecto á la sociedad, la Iglesia católica presenta un fenómeno único aqui abajo y por consiguiente divino. Porque todo lo que es humano es susceptible de multiplicacion, supuesto que lo

(1) Monseñor Affre arzobispo de Paris.